

*Diversos sucesos de la guerra de los aliados.—Ocupación de Bilazora por Filipo.—Escalada de Melitea frustrada.—Consideraciones sobre este punto.*

Mientras tanto Escerdiledas (año -218), creyéndose ofendido de Filipo por no haberle satisfecho aún cierta suma de dinero en que estaban convenidos por un tratado, destacó quince bergantines con ánimo de hacerse cobro fraudulentamente de este débito. Efectivamente, habiendo arribado a Léucade estos buques, fueron recibidos como amigos, en virtud de la alianza que mediaba, y aunque no se propasaron a hacer daño alguno, ni pudieron, sin embargo atacaron contra la fe de los tratados a Agatino y Casandro, corintios que habían llegado y fondeado allí como amigos con cuatro navíos de Taurión; y apresados ellos y sus buques, los remitieron a Escerdiledas. De allí se hicieron a la vela, y tomando el rumbo hacia Malea, saquearon a sus comerciantes y los forzaron a tomar tierra. Con motivo de acercarse la siega, y no cuidar Taurión de custodiar las mencionadas ciudades, Arato se propuso cubrir con sus tropas escogidas la recolección de granos de los argivos. Eurípidas, por su parte, salió a campaña a la cabeza de los etolios, con ánimo de talar el país de los triteos. Pero Lico y Demódoco, comandantes de la caballería aquea, con la noticia que tuvieron de que los etolios habían salido de Élide, congregaron los dimeos, patreos, farieos, y unidos a éstos los extranjeros, hicieron una irrupción en Elea. Llegado que hubieron a Fixio, destacaron la infantería ligera y la caballería a talar la campiña, y dejaron emboscados en torno a esta fortaleza los pesadamente armados. El pueblo eleo salió al encuentro de los que saqueaban el país, y siguió el alcance de los que se retiraban. Entonces Lico sale de la emboscada, ataca a los que encuentra, y los eleos, sin poder sostener el ímpetu, vuelven la espalda al primer choque, quedan doscientos sobre el campo, ochenta hechos prisioneros, y los aqueos sacan impunemente el botín que habían cogido. Al mismo tiempo el almirante aqueo, hechos varios desembarcos en las costas de Calidón y Naupacto, arrasó el país, venció dos veces la oposición de sus naturales y trajo prisionero a Cleónico de Naupacto, quien por ser huésped público de los aqueos no fue vendido al punto, sino remitido poco después sin rescate.

Hacia este mismo tiempo el pretor Agetas alistó todo el pueblo etolio, y después de haber saqueado el país de los acarnanios, y haber talado impunemente

todo el Epiro, se retiró a su patria y despidió los etolios a sus ciudades. Los acarnanios, en venganza invadieron las tierras de Estrato; mas poseídos de pánico se retiraron vergonzosamente, aunque sin pérdida, porque los estratenses no se atrevieron a perseguirles, temiendo que el retiro no encubriese alguna emboscada.

En Fanotea hubo una traición simulada, que ocurrió de este modo. Alejandro, gobernador por Filipo de Fócide, fraguó un engaño a los etolios, por medio de un cierto Jasón, su lugarteniente en la ciudad de Fanotea. Éste envió un correo a Agetas, pretor de los etolios, ofreciéndole que le entregaría la ciudadela de Fanotea. Concertado el convenio con los juramentos ordinarios, Agetas va el día señalado con sus etolios durante la noche, destaca cien hombres escogidos y esforzados a la ciudadela, y él se queda encubierto con el resto a cierta distancia. Jasón, confiado en que Alejandro tenía puestas sobre las armas sus tropas dentro de la ciudad, recibe los cien etolios en la ciudadela, según había jurado. No bien éstos habían entrado, cuando Alejandro los atacó y cogió prisioneros. Llegado el día, Agetas conoció lo que pasaba, y se retiró a su patria, cogido en un lazo poco diferente de los que él había tendido tantas veces.

Mientras que esto sucedía en Grecia, el rey Filipo tomó Bilazora, ciudad la más importante de Peonia, y situada ventajosamente para contener las correrías desde Dardania a Macedonia. Con esta conquista ya casi no tenía que temer de parte de los dardanios; pues no les era fácil atacar Macedonia, siendo él dueño de la entrada con la toma de esta plaza. Puesta en ella una buena guarnición, despachó a Crisógono con diligencia a alistar tropas en la alta Macedonia mientras que él, con las que había recogido de Botia y de Anfaxítide, iba marchando a Edesa. Incorporado aquí con la gente que había conducido Crisógono, se puso en camino con todo el ejército y se dejó ver al sexto día delante de Larisa. Prosiguió su marcha sin descansar día y noche, y al amanecer llegó a Melitea, a cuyos muros intentó aplicar las escalas. Los melitenses se sobresaltaron tanto con un ataque tan repentino y extraordinario, que pudiera haber tomado con facilidad la ciudad; pero por ser las escalas mucho más cortas que lo que pedía la urgencia, se le frustró el golpe.

He aquí casos en donde no se puede menos de culpar a los generales. Efectivamente, ¿no se increpará la temeridad de ciertos comandantes, que sin haber tomado precaución alguna, sin haber medido los muros, sin haber reconocido la altura de los precipicios y otros lugares semejantes, por donde piensan hacer sus penetraciones, se presentan sin reflexión a tomar una plaza? ¿Y no son reos de un justo vituperio, si después de haber tomado por sí mismos las medidas, encargan luego sin más consideración al primero que se presenta la construcción de las escalas y otras parecidas máquinas, cuyo trabajo, aunque de poca meditación, es de suma importancia en el lance? Ésta es una clase de empresas donde no existe parvedad en las omisiones. Descuidarse y seguirse el castigo, todo es uno, y esto de muchas maneras. Porque si se ejecuta la acción, expone al peligro sus más valientes soldados y si se retira, incurre en otro mayor, que es el desprecio del enemigo. Esto se justifica con muchísimos ejemplos. Pues se hallará que entre aquellos a quienes se han malogrado semejantes empresas, más son los que han quedado en la estacada, o han estado cerca de perder la vida, que los que han escapado sin lesión. A más de que éstos adquieren para el futuro una general desconfianza y aborrecimiento, van anunciando a todos la precaución, y llevan en cierto modo un sobrescrito de cautela y reserva que habla con todos, tanto los que presenciaron el lance, como los que después lo oyeron. Convengamos, pues, en

que los que están a la cabeza de los negocios no deben emprender parecidos propósitos sin una premeditación escrupulosa. El modo de medir las escalas y fabricar otros instrumentos de guerra es muy fácil y seguro si se tiene principios. Pero sobre esta materia se nos ofrecerá ocasión y tiempo más oportuno en el discurso de la obra, en que haremos ver cómo se ha de evitar todo error en las escaladas. Ahora volvamos a continuar la narración.